remedió, y no lo usaron más en aquel convento, ni en otro. Yo comencé á estar mejor, y tanto, que causó admiración á los médicos, ver cuan en breve estuve buena. En comenzándome á levantar, llegó la nueva de que Dios se había llevado á nuestra Santa Madre. Al punto que lo oí, caí en que era ella. Y dándome tan gran pena, que no pude acabar de leer el renglón en que lo decía, se me ofreció: *no dejó de ser la Iglesia por haber muerto S. Pedro; tampoco cesará nuestra Orden, antes crecerá más; que desde el cielo nos podrá ayudar mejor, como ya lo hace.* Con esto me estuve un largo rato recogida; y quedé tan consolada, y animada, que consolaba á todas con lo que les decía» (1).

Por lo que hace á la aparición de la M. S. Francisco, declaró ésta lo siguiente:

«Digo que estando yo mala en la cama, y muy triste y afligida, porque nuestro Señor se había llevado al licenciado Salazar, confesor que fué de nuestra Santa Madre, y del convento de Alba, hombre de grande opinión de santidad y letras; y estando yo en esta tristeza, por parecerme no tenía quien guiase á mi alma, y ayudase á mi aprovechamiento, se me apareció la dicha nuestra Santa Madre, á la cual ví. Si fué con los ojos corporales ó del alma, no lo sé; mas sí que la ví distintamente, y que venía con ella el licenciado dicho á los cuales conocí muy bien; porque nuestra Santa venía con su mismo hábito, como le acostumbraba traer, mas traía alrededor del, y en todas las orillas del escapulario una orla de piedras preciosas y perlas finísimas muy resplandecientes, que deslumbraban, y la misma orla traía en la capa alrededor de ella; y desde las dos puntas de ella hasta el cuello, y en lugar de botón con que la solemos cerrar,

(1) Crónic. L. V. c. XIII. n. 2.

traía un broche tan grande como la palma de la mano, de una piedra preciosa, blanca á manera de diamante, cuya claridad deslumbraba. El color blanco de la capa era de color de plata, con unos fondos nacarados, y el velo negro era nubado, á manera de cuando á una nube negra en el cielo la hiere el sol, que el negro de la nube queda muy vistoso y resplandeciente, y así traía el dicho velo, y también orlado de perlas y piedras preciosas, y su rostro bellísimo despidiendo de sí grandes resplandores de gloria, con semblante muy apacible y risueño. En la cabeza traía una corona de tanta diferencia de perlas preciosas y resplandecientes labrada, que despedía de sí tantos resplandores y luz á todo el cuerpo y vestido, y á la celda donde esto acaeció. En la mano traía una cruz de maravillosas labores hechas como al torno, cristalina y de piedras preciosísimas, y junto á ella, al lado derecho, venía el licenciado Salazar, vestido con ornamentos sacerdotales de tan grande riqueza y hermosura, guarnecidos de perlas y piedras preciosas, y otras cosas que exceden nuestra habla y no se pueden explicar; con rostro resplandeciente agradable y risueño; tan bien abierta la corona con su coma, que parecía de hilos de oro. Todo esto ví clara y distintamente, que era como á media noche, habrá cosa de veinte y siete años, poco más ó menos, estando muy despierta y atenta á lo que pasaba. Y nuestra Santa Madre hizo cortesía al dicho sacerdote para que me bendijese, y él se empachó y no lo quiso hacer, rogando á la dicha Madre que lo hiciese; y habiendo porfiado dos ó tres veces vencida como de la obediencia del sacerdote, que siempre la dicha Santa lo reverenció, me bendijo con la dicha cruz, diciéndome con palabras vivas, claras y eficaces, distintas y de tierno amor: ¿Qué te parece cómo te he venido á consolar, mi hija, y te he traido á tu confesor,

que te consuela con ver la gloria de que goza. Y el dicho mi confesor me echó la bendición y dijo: Demasiada ha sido tu tristeza y sentimiento que has tenido; acábese con esta visita. Y luego se volvió nuestra Santa Madre á hablarme, y me dijo con grandísima suavidad y dulzura algunas imperfecciones y faltas, reprendiéndome blandamente, y dándome saludables avisos para enmendarme, que quedaron estampados en mi alma. Tornóme á echar la bendición, y con esto desaparecieron, quedando yo con muy buenos efectos de la visión, la cual no he dicho á nadie hasta ahora que lo hago con juramento, por servicio de Dios y de nuestra Santa Madre, á quien me parece que he sentido me lo ha traído á la memoria para que lo dijese, comunicándolo antes con el confesor» (1).

Aquella suave fragancia que, muerta la Santa, comenzaron á sentir las religiosas y otras personas, percibíase todavía al través del bien cubierto sepulcro, aunque no con la misma intensidad, y sólo de tiempo en tiempo. Si haciendo las monjas oración junto á los venerables restos, se dejaban vencer del sueño, oían algunas veces ciertos golpecillos que las despertaba, y ponía en vela para continuarla con más fervor. Notando las Carmelitas de Alba estas señales extraordinarias, y recordando lo que había tenido lugar cuando la muerte de la Santa, arrepentíanse de no haberle dado más honorífica y distinguida sepultura, y todas tenían por cierto que el dichoso cuerpo debía de encontrarse incorrupto, pues tan agradable olor despedía, no obstante de hallarse cubierto con tanta cal, ladrillo y piedra.

Acertó á visitar el monasterio de Alba el P. Gracián, cuando aun era Provincial, y le pidieron con mucha

(1) Escrit. de S. Ter. t. II. p. 395.

instancia las monjas tuviese á bien abrir el sepulcro de la Santa para poderla enterrar con más decencia. Accedió gustoso dicho Padre, y con mucho secreto, él y el compañero que traía, el 4 de Julio de 1583, ayudados de las religiosas comenzaron á quitar del sepulcro ladrillo y piedra; mas eran tantos los materiales que allí habían amontonado, que emplearon cuatro días en dejar desembarazado el hueco de la sepultura. Encontraron el ataúd quebrado por encima, y enmohecido de la mucha humedad, sirviendo esta circunstancia para aumentar más el asombro, cuando al descubrirle del todo vieron que el cuerpo de la Madre Teresa, al cabo de nueve meses, estaba íntegro é incorrupto, sin faltarle un cabello siquiera; y despedía de sí un olor agradabilísimo que confortaba. Únicamente la parte de ropa, que no tocaba al bendito cuerpo, encontrábase podrida; mas la que estaba á él unida, conservábase en buen estado, y sin ninguna alteración.

Embriagados de alegría los religiosos y religiosas con el prodigio de la incorrupción del Santo cuerpo, no habían reparado en otro digno de no menor asombro. La tierra introducida por las quebraduras del ataud, y que, tocando la carne virginal de la Madre, permanecía á ella fuertemente adherida, destilaba cierto licor maravilloso, á manera de aceite con la propiedad de exhalar preciosísima fragancia. Y en un manto de estameña blanca, teñido con la sangre que la Santa había arrojado en su última enfermedad, vieron que la mancha se ostentaba con color vivo, y tan fresca, como si entonces la sacaran de las venas. Estupefactos y sobrecogidos de espanto, hincáronse de rodillas, y con grandísima devoción y lágrimas reverenciaron aquel depósito sagrado, dando gracias al Señor por la merced que á su fidelísima Sierva hacía, preservándola de la corrupción.

Después de esto, envuelto el venerable cuerpo en una sábana nueva depositáronle en un arca fabricada al intento. Antes de cerrarla, el P. Gracián, con harto sentimiento de las monjas de Alba, cortó la mano izquierda, que puso en un arquilla para llevarla á Ávila; y con ella sucedió lo que más adelante se dirá. Hechas estas diligencias, colocaron el arca en el mismo sepulcro de antes, aunque con la precaución de no dejarla tan profunda, para evitar el efecto destructor de las humedades.

CAPÍTULO II.

Es trasladado el cuerpo de la Santa al monasterio de San José de Ávila.—Visítale el Ilmo. Yepes, y refiere el estado maravilloso en que le encontró.—Cómo se ingenió una lega para dar noticia á la Duquesa de la traslación verificada.—Manda S. Santidad sean devueltas al monasterio de Alba las sagradas reliquias.—Es colocado en 1588 en más pública y honorífica sepultura.—Cómo en 1594 se tiñeron varios lienzos en sangre que brotó del incorrupto cuerpo.—Ordena en 1604 el Rmo. P. General sea fuertemente cerrada el arca que contenía los venerables restos de la Santa.

En 1585, dos años después de la primera exhumación, los Padres Carmelitas Descalzos celebraron Capítulo en Pastrana. El P. Gracián, que para entonces había sido sustituido en el provincialato por el P. Fr. Nicolás de Jesús María, expuso en dicho Capítulo que, teniendo en cuenta los señalados favores dispensados por el Ilmo. D. Álvaro á toda la Descalcez, habíale dado palabra con cédula fir-